

Nombre: Gloriann R. González Ortiz
Categoría: 2

Seudónimo: Rowena
3er lugar

“Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto”.

Franz Kafka

La metamorfosis

Título: **Transmutación fraternal**

¡Me rindo! Las peleas entre mi hermano Fabián y yo nos han llevado hasta el impasse, ¡no nos comprendemos! Peor aún, parecería que no tenemos la misma sangre, solo por nuestras diferencias sobre lo qué es el género. Todo se complicó el día que le pedí a mi madre que él dejara de llevarme a mis prácticas del equipo.

—Mamá, ¡deja que Ana me lleve a las prácticas de voleibol!

—¡Te dije que no, señorita! Las jovencitas como tú no deben andar por la calle sin un hombre de la familia que las cuide.

—Pero si todas mis amigas van sin sus hermanos. Además, me abochorna cada vez que miro para los *bleachers* y el imbécil ese está babeándose, mirando a mis amigas.

—Si no usaran esas licras tan pegadas eso no pasaría. Es que no entiendo a esta juventud, antes las mujeres estábamos felices en nuestras casas, ayudando a nuestros maridos e hijos y si teníamos que trabajar, lo hacíamos cerca de nuestras casas o de las escuelas de los niños. Ahora quieren hacer lo mismo que hacen los hombres.

—¿En tus tiempos las niñas no iban a la escuela? —pregunté arriesgándome a que mi mamá me alzara más la voz, me molesta que ella siempre hable en masculino.

—¡Claro que íbamos! —me respondió con enojo—. Y no sigamos con esta discusión, te vas con Fabiánn y san se acabó.

Fabiánn tomó las llaves sin mediar palabras, se montó en el auto y comenzó a apurarme con el sonido del claxon. Le mandé un *voice* a Ana para decirle que, otra vez, me iría con el insoportable de mi hermano para las prácticas. Comenzamos a discutir por lo mismo de siempre: mi rol en la sociedad como señorita y el de él como hombre. Me dijo que antes de papá morir, él le ordenó ser el hombre de la casa y que hasta que no saliera de la puerta de mi casa casada de blanco, yo tendría que respetarlo como si él fuera mi padre. Llegamos a la práctica y la entrenadora me llamó la atención por llegar diecisiete minutos tarde por lo que me recriminó que el día que fueran a un *tryout* de la universidad no me becarían por impuntual. Bajé la mirada con decepción como lo hace mi perrita Akira cuando le llamo la atención por orinar fuera del pañal. Hice mi rutina de calentamiento y le dije a mis colegas que ignoraran a mi hermano. Terminamos la práctica y luego de hacer una parada para cenar en un restaurante de comida rápida, regresamos a casa debatiendo sobre el mismo tema.

—¡Ja! ¿Por qué ustedes, las mujeres, siempre tienen que comer saludable? Mira, y que una triste ensalada después de hacer deporte. Y espero que no te tardes mucho en el baño cuando llegues casa. Siempre te demoras más que el perezoso de la película de *Ice Age*.

—¡De verdad que no entiendes nada! ¡Tienes cero empatía con la mujeres! —le dije casi gritando—. Ahora comprendo por qué duraste con Sally menos que la luz amarilla del semáforo. Me miró de reojo y me dijo que no opinara si no sabía la razón de su separación. Comencé a mofarme de él, pues ya me tenía harta su supervisión como si fuera una novicia en el convento.

Llegamos a casa y corrí a ducharme. No hay nada más gratificante que sentir el agua fría cayendo por el cuerpo luego de una jornada de ejercicio arduo.

—Airelys, ¡avanza! —gritó histérico dándole golpes a la puerta.

—No llevo ni diez minutos y quieres que me salga, de verdad que hay que... —dije el insulto por lo bajo para evitar que mi mamá lo escuchara y me sermoneara con que las señoritas no deben utilizar vocablo vulgar.

—Al menos abre la puerta para poder usar el inodoro —me dijo como si fuera un teniente dándole órdenes a un cabo.

Me desentendí un rato y para no escucharlo, le ordené a Alexa¹ que sonara música de Stray Kids en máximo volumen. Mientras paseaba el champú en mi ondulado cabello castaño reflexioné sobre la construcción social de que un hombre por el simple hecho de su género goza de unos privilegios en la sociedad que nosotras las mujeres no tenemos o nos cuesta ganarnos. Hace unas semanas discutí con él ya que al parecer no sabe ir al baño y siempre lo moja todo cuando va a orinar. Recuerdo que le grité: “¡No seas cochino y aprende a hacer tus necesidades como se debe! ¡Sube la tapa antes de hacer tus necesidades; si la ensucias límpiala y luego baja la bendita tapa! ¿Acaso no tienes puntería? ¿Podrías ponerte alguna vez en mí lugar?” Al salir de la ducha, desaté una nueva diatriba: “¡Ojalá fueras mujer por un día para que entiendas nuestro mundo de una vez por todas!”

Al día siguiente cuando me levanté me sentí muy extraña, al mirarme al espejo ¡era un hombre! Me sentí maldecida por todas las deidades por revertir mi deseo. Corrí hasta mi hermano para reclamarle por hacer otra de sus bromas. Mi mundo se derivó cuando al abrir su puerta vi a una mujer. Los dos comenzamos a gritar y envidié sus pestañas por unos segundos. Gritamos

desesperados, como el infante que no encuentra a su madre cuando necesita ser lactado. De inmediato nos tomamos de las manos y nos preguntamos cómo y por qué esto había pasado. Al instante recordé lo que había anhelado la noche anterior, ¡que suerte! Le dije que, quizá Dios, nos brindó esta oportunidad para que fuéramos más empáticos y podamos convivir como familia y a aceptar la diversidad entre todos los seres humanos. Él hizo silencio y movía la cabeza de lado a lado en señal de negación. Estábamos en cuerpos extraños y por fin podríamos entendernos uno al otro.

Comenzaron los problemas mayores, no sabía cómo ir al baño, y peor aún afeitarme la barba por la mañanas. Al menos pensé que podría evitarme las molestias de la menstruación. Para él fue bien raro sentarse para hacer sus necesidades y la casi obligatoriedad de mantener limpio el cutis. Al momento de vestirse, tuve que ayudarlo a combinar colores, a peinarse según su ánimo y ponerse un lazo en las coletas. Mientras tanto, yo me dije: “¿Para ser hombre solo necesito una camisa, mahón y un par de tenis? Que fácil, no hay que buscar y buscar, no hay que discutir si combina y *voilà* si me queda me voy *chilín* para el *party*. No hay que preocuparse por el maquillaje, ningún tipo de cuidado a la piel y aún así estás reluciente -ahora mi hermano sabrá que, a pesar de todos los costosos productos que use para el cuidado de la piel le seguirán saliendo granos y manchas feas. ¡Qué horrible se verá mi hermano! Mi hermano estaba muy confundido y desesperado porque nada le gustaba, todas las combinaciones de ropa le parecían feas, no eran para la ocasión, decía que necesitaba más ropa, que no tenía, aunque estuvieran todas las gavetas y el closet lleno. Se sentía imperfecto con sus ojeras, manchas, granos, pestañas largas y labios finos. Cuando intentó maquillarse, el guasón parecía más una modelo de revista que él. Cuando bajamos a desayunar me sentí aliviada, ya que podría comer pizza recalentada y nada me pasaría. Sin embargo, mi hermano tenía que hacerse algo bien preparado. Una batida saludable, con algunas

frutas para bajar de peso, beneficio y crecimiento de las uñas y el fortalecimiento del cabello. Tomar de todas las vitaminas que existan. Desayunar un omelette o tal vez tostada de aguacate con huevo, con más frutas, agua y un jugo natural. Con esa preparación se me va toda la mañana.

Como hombre no tendría que preocuparme sobre los charlatanes que vienen a tirarle piropos baratos a las mujeres y no pasaría por las injusticias en lugares públicos. Me sentí más libre, tranquila y relajada con esta vida de hombre, sin mucho de qué preocuparme, sin acosos ni discrimin. Mi hermano entendió todos los pánicos que una mujer puede vivir y creía que ser chico es mucho más difícil que ser mujer, por fin se ha dado cuenta. ¡Qué mucho me reí cuando pretendió caminar con tacones!

Toda mi alegría se esfumó cuando llegué, él me dijo:

—Ahora cómo vas a estudiar si no podrás hacer el equipo de voleibol femenino —me cuestionó delectando cada palabra. ¿Qué le dirás a Kelvin, el chico que te gusta? ¿Cómo mamá reaccionará?

Sus preguntas me hicieron sentir como si me hubiesen tirado una bolsa de hielo por encima.

—No sé... —respondí de forma escueta y con la voz titilando.

Fabián aprovechó un descuido de mamá para tomar el auto y fugarse conmigo. Como era día feriado, nos fuimos al río donde papá solía llevarnos cuando estábamos en la escuela elemental. Dialogamos como nunca.

—¿Por qué eres tan rudo conmigo, hermano?

—Quizá porque a mí nunca me enseñaron como se debe tratar a una hermana —contestó luego de un silencio breve—. Además, tú tampoco me brindas la oportunidad de conectar contigo.

—¡Eso no es verdad! —le riposté con firmeza.

—No voy a discutir por eso. Pero ¿alguna vez me has preguntado cómo me siento?

Hice silencio, pues tal vez él tenía razón y no quería dársela. Hablamos de diversos temas y por primera vez sentí que era agradable tenerlo a mi lado. Nos bañamos y por fin nos pudimos tirar desde el puente peatonal que pasa por encima del río. Ese puente es tan fuerte que aguantó el huracán María. Papá decía que eso demostraba que antes se construía mejor. De camino a casa le confesé que sentía que la ropa masculina era más triste que recibir el recibo de electricidad cada mes. No había moda variada, colores ni adornos que me hagan sentir feliz y segura de mí misma.

Al llegar a casa nos sentamos a hablar de todo nuestro día, de todo lo que vivimos y por fin pudimos comprendernos, quedamos en que seríamos más comprensivos el uno con el otro, que respetaríamos su tiempo, su vida, decisiones y molestias. Acordamos ser más empáticos porque no es justo juzgar al prójimo de la óptica sesgada de uno mismo. Nos acostamos a dormir con la esperanza de que la transmutación fuera momentánea y la fraternidad entre nosotros fuera tan sólida como el puente que atraviesa el río.